TOMO I ◆ Sábado, 16 de enero 1965 ◆ Núm. 3

Semana Médica DE MEDICAMENTA

Director: Profesor Dr. D. Pedro Laín Entralgo

TRIBUNA LITERARIA

LAS LECTURAS DEL MEDICO RURAL

Prof. Dr. D. Pedro LAIN ENTRALGO

Las palabras que a continuación van impresas fueron leídas ante los médicos titulares que asistieron al IV Congreso de Sanidad Municipal. Cuando un médico habla ante sus colegas suele elegir cualquiera de los temas en que más lúcidamente ejercita su actividad profesional. Las razones son copiosas y obvias. ¿Por qué no había de hacer yo algo semejante, aunque mi actividad profesional no consista sino en escudriñar la entraña viva que siempre hay, más o menos visible, en los libros del pasado? ¿Por qué no hablar de las «indicaciones» de la lectura así como se habla de las de tal droga o tal intervención quirúrgica? Eso pretendieron ser mis reflexiones y consejos en torno a «Las lecturas del médico rural». Ahora que van a ganar la notoriedad de la letra impresa quiero dedicarlas a la memoria de mi padre, Pedro Laín Lacasa, médico rural y apasionado lector.

Os invito, amigos, a un mínimo ejercicio de imaginación. Volved por un momento a la estancia más familiar de vuestra casa. Habéis terminado la faena diaria. Es la hora en que, como dijo Virgilio, caen de los altos montes sombras crecientes. Quedó para otro día el diálogo rural: hoy no os contenta. No son probables la lesión imprevista, el parto inoportuno o el dolor súbito, esas inexorables espadas damocleas sobre la calma del médico rural. Dentro y fuera de vosotros hay una dulce, noble soledad. ¿Qué haréis esa tarde? ¿De qué, con qué llenaréis el indeciso, prometedor vacío que la soledad pone en el espíritu del hombre capaz de sentirla sin desazón?

Dos son los caminos de una soledad gozosa de sí misma: la meditación y la lectura. Vuestra mano, sedienta hoy de lectura —sed de leer siente la mano cuando acaricia la cubierta del libro—, os acerca las páginas buscadas. Vais a leer. Vais a hacer real y verdadero en vosotros aquello que de todo y para todo lector escribió Quevedo en su retiro de la Torre de Juan Abad:

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con los ojos a los muertos.
Si no siempre entendidos, siempre abiertos
o enmiendan, o secundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.

Leéis. Pero ¿qué es leer? Quevedo nos lo está diciendo con dramático y transparente vigor. Leer es conversar con los difuntos, escuchar con los ojos a los muertos. Leer es dialogar con el autor del libro que leemos, muerto acaso, ausente siempre, y colmar con ese diálogo la interior bodega de nuestra soledad. Doble es el sentido de la compañía que el libro nos trae. A veces interviene en nuestros asuntos, enmienda o confirma nuestros saberes y decisiones. Otras, más generoso aún, el libro nos permite salir de nosotros mismos y vendimiar en los inagotables viñedos del ensueño: son los libros, que, según el verso de Quevedo, «al sueño de la vida hablan despiertos».

Suelo decir a mis discípulos que con la lectura el hombre se recrea y recrea; esto es, se crea a sí mismo de nuevo, vuelve a crear su propio espíritu. Recreación es, en efecto, esa enmienda que de nosotros hace la lectura cuando lo que se lee interviene, rectificándonos, en lo que conservamos de nuestra vida anterior: saberes, hábitos intelectuales o estimativos. Recreación hay también, aunque de otro orden, cuando la lectura es, si no recreadora, al menos recreativa. Cuantas veces, merced a un libro, hemos vagado un rato por el campo del ensueño —sea ese campo el quijotesco de Montiel, el proustiano del tiempo perdido o, más modestamente, el policial de Scotland Yard—, volvemos a nosotros mismos más jóvenes, más ágiles, mejor dispuestos para la vida que no es sueño; re-creados, en una palabra.

Pero el lector, además de recrearse, recrea. Todo cuanto lee es por él personalmente reelaborado, re-creado. El pensamiento de Aristóteles, la significación humana de Hamlet y el saber médico de Laennec vuelven a nacer, re-creados por el lector, si éste entiende la materia de su lectura. Casi todas las grandes invenciones de la historia, la física de Galileo, la figura de Fausto, la teología de Santo Tomás o el Imperio de Napoleón, han comenzado siendo personales recreaciones de otras tantas experiencias lectivas. La ambición, el genio o el esfuerzo, operando de consuno, convirtieron en obra titánica y original lo que empezó siendo osada e íntima respuesta en una «conversación con los difuntos».

Leer es recrearse y recrear. Leyendo nos renovamos, nos hacemos nuevos, y a la vez hacemos nuevas las ideas. Espléndido botín, bien lo veis. Puesto que el negocio de la lectura puede ser de tan valioso rendimiento, tratemos de pensar con cierta precisión lo que como médicos debemos leer.

LA LECTURA DIVERSIVA

Consideremos en primer término las lecturas diversivas. ¿Por qué no? El hombre que trabaja tiene derecho a ellas. Recordad una conocida etimología. Los antiguos romanos llamaban *otium*, «ocio», a la vacación de las urgencias vitales. En el «ocio» el hombre, exento de los trabajos a que obliga la necesidad de vivir, se entrega a lo que verdaderamente le place y quisiera hacer siempre, si no tuviese necesidad de trabajar; esto es, a su más secreta y genuina vocación: *otia mea*, «mis ocios», llamaba Ovidio a los versos en que expresaba su vocación de poeta. Por eso dijeron *nec-otia*, «negocios», a todos los quehaceres de necesidad; es decir, a todo cuanto aparta al hombre de ser lo que en verdad quiere ser. Son «negocios» ganar el sustento cotidiano, cumplir los deberes que impone la convivencia social, trabajar profesional y vocacionalmente. Y así, un «negocio» sólo es bueno cuando permite el ocio, según el sentido de una, si desmedida, certera frase popular: «Negocio que no da para levantarse a las once, no es negocio».

En este sentido, la vida del hombre ha llegado a ser en todos los paralelos del planeta puro negocio, *nec-otium*. La atención a las urgencias vitales y la complejidad de la vida social apenas dejan lugar a una hora placiente y reposada, «ociosa». No me detendré a indagar las causas del proceso histórico y psicológico en cuya virtud se ha visto o se ha hecho el hombre esclavo de la pura actividad negociosa. Cualquiera que sea la génesis, ahí está su resultado, como un «hecho» inexorable y brutal: los hombres de hoy apenas disponemos de tiempo para el ocio. Por eso sentimos todos con tanta vehemencia nuestro humano derecho a él —¡éste sí que es uno de los «derechos del hombre»!—, y planeamos con tan larga antelación y tan degustadora morosidad el empleo de nuestras siempre miserables «vacaciones».

En el ocio se define el hombre: «dime cómo te diviertes y te diré quién eres». Puesto que el ocio nos permite decidir con entera libertad nuestra propia ocupación, en él mostramos lo que en verdad queremos ser, es decir, lo que más íntimamente somos. Si la consigna «¡Llega a ser lo que eres!» es cumplida en alguna ocasión, esa ocasión, es el ocio. Unos lo emplearán en el deporte; otros, en el diálogo amistoso; muchos, en la total evasión de sí mismo que el cinematógrafo procura; éstos en la aventura venatoria, aquéllos en el viaje; algunos sentirán, zoológicamente, que la plenitud del ocio es la vida instintiva, venteo de hembra o de yantar... Todos debiéramos pensar, sin embargo, que no hay ocio bien empleado si en ese empleo no ha tenido la lectura su parte congrua.

SUMARIO

PROF. DR. D. PEDRO LAIN ENTRALGO
LAS LECTURAS DEL MEDICO RURAL
El profesor Laín describe las posibilidades del "simple" hecho de leer ... ... pág. 1
FRANCISCO LOREDO
ZURBARAN Y LA PINTURA ACTUAL
Un original enjuiciamiento del magistral pintor extremeño ... " 3
GASPAR GOMEZ DE LA SERNA
VIAJE POR AVILA
Retazos de la historia abulense. " 4
GABRIEL RODRIGUEZ DE LAS HERAS
RIO BERBELLIDO
Un cuento de pesca sencillo y amable ... ... " 6
MISCELANEA.—Noticias de dentro y de fuera ... ... " 8
LA INFLUENCIA DE LOS CAMPOS MAGNETICOS EN EL HOMBRE
Las variaciones del campo electromagnético percibidas por muchos animales y por el hombre ... ... " 10
INFORMACION SANITARIA ... ... " 14
BOLSA DEL MEDICO ... ... " 15

Editado por LATINO, S. A.
Redacción y Administración:
Ríos Rosas, 57 - MADRID-3
***Central telefónica* 253 93 00 (10 líneas).**
Apartado 160.

Dep. legal: M. 1.052.—1958

Puesto que nuestra lectura está ahora determinada por el ocio, es natural que su índole sea, primariamente, diversiva. «Divertirse» es verter el agua de la vida por un cauce distinto del habitual, apartarse de lo cotidiano. ¿Hacia dónde es lanzada nuestra vida por obra de las lecturas que llamo diversivas? La novela, el drama o el sainete escritos, el relato histórico, la biografía literaria, el poema, el ensayo, son lecturas que divierten a quien sabe leer. ¿A dónde nos llevan, cuando con ellas divertimos nuestra existencia de su álveo diario? ¿Cómo hablan «al sueño de nuestra vida», según la sentencia quevedesca?

Cinco son, a mi entender, los modos principales de la diversión lectiva; por cinco distintos cauces nos divertimos leyendo, cualquiera que sea la materia de la letra impresa. Veámoslos, uno a uno.

Nos divierte un libro cuando de manera imaginativa y sorprendente nos hace ser algo de lo que secretamente queremos ser. Ved a un adolescente absorto por su novela de aventuras. Su cuerpo está inmóvil, insensible a los estímulos del medio; el ritmo de su pulso refleja las peripecias del relato. ¿Dónde está su alma? Su alma, transmutada en la del protagonista, plenamente realizada en sus inventadas hazañas, está siendo algo de lo que ese adolescente quisiera ser. ¿Cuántos millones de adolescentes han sido, sobre esta tierra uránica en que la pura posibilidad adquiere imaginativa consistencia, Buffalo Bill, o d'Artagnan, o un corsario generoso, o el Gabrielillo Araceli de nuestros *Episodios Nacionales?* Librémonos de creer, no obstante, que la transmutación lectiva es cosa exclusiva de niños y adolescentes. Todo lector es, sigue siendo un poco adolescente; y viceversa, todo el que sigue siendo un poco adolescente, no deja de ser lector, hombre capaz de sumergirse en los lagos de la letra impresa para mudarse, siquiera fugaz e imaginativamente, en algo de lo mucho que quisiera ser y no es.

Más puede traernos la lectura. Vez ahora al lector de un poema o de una página de bella y acabada prosa. Recordad, por ejemplo, el suave y luminoso contento que otorga al espíritu la lectura de la *Oda a Felipe Ruiz*, o el gozo de colmar los ojos con la riqueza sutil y fabulosa de ciertos párrafos de Valle-Inclán. En tales casos, el lector se divierte de la existencia negociosa con una actividad extática y contemplativa de su espíritu: su vida, por un momento, consiste en vivir la belleza. Momento solemne, cuasi divino. El hombre, ser imperfecto, adquiere una fragmentaria noticia intuitiva, directa, de la perfección del ser. La muda sonoridad de la palabra escrita y la tela incorpórea que, trazándose, va fabricando su significado, son ahora tenue indumento humano del brillo que por sí misma irradia la perfección de las cosas próximas a ser perfectas. A ese brillo, no más que entrevisto por los ojos humanos, es a lo que con nuestra lengua de hombres llamamos «belleza». Bendita sea la lectura cuando nos acerca a él.

Otras veces alcanzamos la diversión por un camino muy distinto. Pensad un momento en la lectura de una novela policíaca. ¿Por qué nos divierte de nuestra vida habitual? ¿Por qué nos hace olvidarnos de eso que solemos llamar «nosotros mismos»? No precisamente porque alumbre una vocación policial en nuestra alma; tampoco, claro está, porque nos permita contemplar *facie ad faciem* una relumbre de la suma belleza. La cosa es más modesta y, a la vez, más compleja. La novela policíaca pone ante los ojos de nuestro espíritu un problema humano que previamente sabemos resoluble. Decía Demócrito, hace dos mil cuatrocientos años, que prefería saber la causa de un fenómeno natural a ser rey de Persia. Pues bien, esa humanísima pasión etiópeta, buscadora de causas, es justamente lo que remueve en nosotros la lectura de una novela policíaca. Nos propone la causa de un grave problema fingido —un asesinato, en el caso más frecuente—, y haciéndonos participar imaginativamente en su indagación, nos aparta por una hora de los pequeños reinos de Persia que constituyen nuestra vida negociosa. Nuestra actividad espiritual es ahora deportiva o de emulación. Nos divertimos, en suma, ejercitando por vía lectiva y literaria un deporte estrictamente intelectual.

Hay un cuarto modo de diversión: la efusión placentera o dolorosa. Tanto divierte la risa, que para no pocos son sinónimos «risa» y «diversión». No he de exponer aquí cuáles son las causas y el mecanismo de la risa. Sean unas y otro los que sean, lo importante ahora es que en la lectura la buscamos, a veces, y que su resultado es una suerte de fusión placentera y renovadora de los contenidos del alma. La risa discreta, como alegre crisol, nos funde y renueva, siquiera sea por un momento, el metal del alma, y de ahí su capacidad de diversión. ¿Y por qué no el llanto, o el sentimiento de un dolor compadecido, cuando a ellos accedemos por el camino de la lectura? ¿Cuántas veces ha sido comentada, desde que la definió Aristóteles, la acción catártica, purificadora de la tragedia? También el estar triste divierte, a veces de modo mucho más noble que la hilaridad y aun que la pura alegría. Recordad cuánto se divirtieron llorando los sentimentales románticos y prerrománticos. Cierto lector del siglo XVIII escribía a un amigo, tras la orgía lacrimosa que le deparó la novela *Sir Charles Grandison*, de Richardson: «... y hoy, en la mañana del tres de abril, entre las siete y las diez, ¡día bendito!, he llorado; colmé de lágrimas mi libro, mi pupitre, mi rostro, mi pañizuelo; he sollozado con infinita alegría...» Indudablemente, también el agua de las lágrimas divierte.

La quinta manera de diversión lectiva es la contemplación compasiva e irónica del mundo. Ciertas lecturas nos divierten —pensad en el *Rinconete*, en Molière, en Dickens, en Chesterton o en los *Esperpentos*— haciéndonos ver el mundo desde la altura en que el autor lo contempla, una altura que permite la misericordia, la ironía o una sutil mixtura de las dos. ¡Cómo nos divierte a todos salir de nuestra existencia diaria y contemplar un fragmento de vida humana, tal vez la vida humana entera, desde un nivel que haga posibles el juicio y la sonrisa! Si divertirse es salir de lo habitual, pocos modos tan plenarios hay de lograrlo como esas evasiones imaginativas hacia los balcones literarios de nuestra humana existencia.

La posibilidad de ser algo deseado y sorprendente, la contemplación extática de la belleza, la emulación deportiva y etiológica, la efusión placentera o dolorosa de nuestro ánimo y la consideración misericordiosa o irónica de la vida humana son, a mi juicio, las cinco maneras principales y nobles de la diversión lectiva. Hacia alguna de ellas se orientará más de una vez nuestra alma cuando consigáis conquistar una hora de ocio suave a la áspera existencia negociosa. Pero la vida humana, nuestra vida, dista mucho de ser ocio y, por otra parte, no es sólo en la lectura de diversión en lo que puede y debe ser empleada nuestra posibilidad de leer. Consideremos, pues, otro tipo de lectura: la de la perfección.

LA LECTURA PERCEPTIVA

Tenemos los hombres derecho a que nuestra vida sea de cuando en cuando diversión; tenemos, más hondo aún, el deber de que sea perfección. Es verdad que también puede adquirirse perfección con las lecturas diversivas. Más perfecto llega a ser el mozo que imaginativamente se convierte en Amadís o en Pasteur, y el que ha sabido gozar, fugazmente estático, la belleza de un verso de San Juan de la Cruz, y quien llega a compadecer la noble desventura de Antígona. Pero si la lectura diversiva nos concede una pizca de perfección es por accidente, no por esencia; su fin propio es divertir, sacar a la vida de su cotidianidad, no perfeccionarla. El deber de perfección pertenece mucho más a la vida negociosa que al ocio, aunque también toque a éste. Y así, junto a las lecturas que divierten, derecho nuestro, hállase, imperativo, el deber de las lecturas que mejoran.

Dos son las metas a que debe aspirar el médico deseoso de enaltecerse: su perfección como médico, su perfección como hombre. En dos órdenes, por tanto, se diversificarán sus lecturas perfectivas: las que le perfeccionan en tanto que médico, las que le hacen mejor en tanto que hombre.

No es muy recóndita la prescripción que atiende a la primera exigencia. Perfeccionan al médico, en tanto que médico y lector, los libros y las revistas en que su arte, la Medicina, logra perfección. No hay médico perfecto—y, en consecuencia, no hay médico verdadero—si no lee libros y revistas médicas. Lo cual, en el caso del médico de partido, requiere unas palabras de esclarecimiento.

Deben ser las primeras una defensa del libro científico. Que nadie se extrañe. La insuficiencia y la pereza—la acidia diría, para herir menos, nuestro Azorín—suelen disfrazarse de empirismo, y no hay cantor de la experiencia que no deslice, como significativo contrapunto, más de un denuesto contra el libro. Recordemos, a modo de ejemplo, el sentido despectivo del vocablo «libresco»; pensemos luego en la intención de un conocido título dramático: *El príncipe que lo aprendió todo en los libros.* Bien está, cuando de curar se trata, repetir aquella diatriba de Arnaldo de Vilanova contra los que entienden de disputas escolásticas y no saben administrar una sangría o un clíster. No menos bien, insistir en que no hay ciencia médica sin experiencia. Mas todo esto debe decirse con la autoridad del propio Arnaldo de Vilanova, esto es, luego de haber apacentado los ojos en miles y miles de páginas. Sin experiencia no hay médico; sin libros, no hay experiencia médica fecunda. Tal debe ser la total consigna. ¿De qué serviría distinguir con oído musical los más finos estertores crepitantes si no se hubiese leído y releído con reflexiva calma lo que los libros dicen acerca de su significación patológica y su mecanismo?

(Continuará)

MADRID ◆ Sábado, 23 enero 1965 ◆ Tomo I. N.º 4

Semana Médica DE MEDICAMENTA

Director: Profesor Dr. D. Pedro Laín Entralgo

TRIBUNA LITERARIA

LAS LECTURAS DEL MEDICO RURAL

Prof. Dr. D. Pedro LAIN ENTRALGO

y II

Más razonable cosa es argüir la dificultad de conseguir esos torpemente vituperados y necesarios libros. Todos tenéis, junto a vuestra mesa de trabajo un modesto anaquel de librería. En él se alinean vuestros libros científicos, desde aquellos que hubisteis de leer cuando estudiantes: la *Anatomía*, de Testut; la *Histología*, de Cajal; tal vez, si ya no sois jóvenes, de aquellas con grabados en acero que se imprimían en los talleres de Nicolás Moya, calle de Carretas. Todos sabéis, por otra parte, que incrementar con monografías y tratados modernos el número de los viejos libros exige gastos considerables, acaso no exiguos sacrificios. Sí, hay que leer, hay que tener libros; pero ¿cómo conseguirlo? Permitid, amigos, que un lector con cierta veteranía os dé algunos consejos.

El primero: no compréis un libro en tanto no tengáis necesidad de él. O con otras palabras: antes de comprar un libro mirad con diligencia si os pueden resolver vuestro problema los textos aparentemente viejos, los estudiantiles tal vez. Leed, releed, hasta aprenderlos de memoria si es preciso, los manuales de la iniciación. ¡Cuántas y cuántas dudas nos resuelve un manual escolar bien sabido, aunque parezca antiguo! Me decía hace poco un eminente gastropatólogo que había leído muchas veces, y siempre con fruto, buen número de las descripciones clínicas del viejo manual de Dieulafoy. ¿Cuántos no podrían decir algo parecido? Nada enseña tanto como esos volúmenes llenos de acotaciones y subrayados con que el lector, lo diré con palabras de un insigne escritor español, «ha hecho vida marital»...

Segundo consejo: utilizad cuantos servicios de prestación de libros están a vuestro alcance. Hay bibliotecas circulantes que sirven libros de Medicina. No hace muchos meses, el Consejo General de los Colegios Médicos ha establecido un servicio de prestación de libros poco menos que gratuito. Quien de veras sienta necesidad de leer podrá resolver así, sin dispendio, muchos de sus problemas científicos.

Tercer consejo: exigid que sea más ampliamente atendida vuestra necesidad de leer libros. La gran ciudad tiene bibliotecas públicas más o menos satisfactorias. ¿Por qué en las pequeñas ciudades no ha de haber otro tanto? ¿Por qué los propios Colegios provinciales, si es que el Estado no provee esta necesidad, no han de establecer una biblioteca científica en la cual se encuentre, a lo menos, todo lo que de Medicina se publica en castellano? Mucho podéis hacer vosotros para conseguirlo. Bastaría tal vez que sintiéseis necesidad de leer y la expresáseis con frecuencia y viveza.

Nada hay, sin embargo, capaz de sustituir la callada asistencia que presta el libro propio. El libro de que somos dueños lo aprendemos mejor y nos dice muchas más cosas que el prestado, que es más blando y trasparente a la petición de nuestra mirada. ¡Qué gozosa emoción, amigos, saber que uno tiene entre las manos, suyas, siempre disponibles, hechas letra impresa, las vigilias de tantos y tantos hombres, las palabras en que se precipitó lo mejor de tantas y tantas vidas! No compréis un libro hasta que no tengáis necesidad de él, os decía antes. Tened necesidad de libros, os digo ahora.

Al médico, sin embargo, no le basta la lectura de libros; debe completarla con la lectura de revistas. Tal es su gloria y, a la vez, su pesadumbre. Su gloria, porque el imperativo de la revista indica con incuestionable nitidez que la Medicina es hoy el saber más vivaz, más rico en novedades y sorpresas de todos cuantos el hombre cultiva.

SUMARIO

PROF. DR. D. PEDRO LAIN ENTRALGO

LAS LECTURAS DEL MEDICO RURAL
Termina el profesor su magistral decir sobre la lectura ... ... pág. 1

LEOPOLDO CORTEJOSO

TRES TIPOS DE MEDICOS EN LA PINTURA HOLANDESA DEL SIGLO XVII
Un análisis profundo del acto médico a través de una escuela pictórica imperecedera ... ... " 3

PEDRO DE LORENZO

LA NOVELA DEL ALTO TAJO
Entrañable evocación de un paisaje español admirable ... " 4

CRONICA DE LA O. M. S.

ASPECTOS SANITARIOS DE LA PEREGRINACION A LA MECA
Consideraciones médicas alrededor del cumplimiento de un precepto religioso ... ... " 6

MISCELANEA.—Noticias de dentro y de fuera ... ... " 8

... DEL AUTOMOVIL ... ... " 10

BOLSA DEL MEDICO ... ... " 13

INFORMACION SANITARIA ... ... " 15

Editada por LATINO, S. A.
Ríos Rosas, 57 - MADRID-3.
Central telefónica 253 93 00 (10 líneas).
Apartado 160.

Dep. legal: M. 1.052.—1958

AVISO

Posteriormente a nuestra comunicación sobre prescripción en el SOE de TRIBIOTIC y BI-TRIBIOTIC, se nos comunica oficialmente que pueden ser prescritos libremente hasta **OCHO FRASCOS** de cualquier confección de las citadas especialidades, **en una sola receta.**

¿Qué abogado, qué arquitecto, qué militar necesita de la revista técnica con la vehemencia que cualquier profesional de la Medicina? Ello es, por otra parte, la pesadumbre del médico, condenado, esta es la palabra, al constante empleo de tiempo y dinero que la lectura de revistas exige. Mas ¿cómo el médico rural puede satisfacer tal necesidad?

Desde mis años de estudiante en el hogar de un médico rural echo de menos una revista estrictamente consagrada a las necesidades científicas y prácticas del médico de partido. Estaría compuesta de exposiciones de conjunto, historias clínicas ejemplares y didácticas, novedades diagnósticas y terapéuticas; describiría con minuciosidad exquisita las técnicas utilizables en el medio rural; incitaría al lector en fin, a buscar pábulo intelectual en revistas de más alto coturno científico. ¿Es esto posible? Yo creo que sí y estoy seguro de que también vosotros.

Leyendo revistas y libros científicos adquiere el médico perfección profesional: se perfecciona ahora, en tanto que médico aprende a curar más y mejor. Con ello cumple más acabadamente su misión, se equipa con mayor eficacia para la competición económica y puede gozar, deportivamente, el interior deleite de ir resolviendo por sí mismo sus propios problemas clínicos. Un triple objetivo se ofrece, nuevo París, al médico lector de libros y revistas: Venus o la misión, Juno o la utilidad, Minerva o el deporte. Tres metas que esta vez no se excluyen, antes se ayudan entre sí. Lo cual nos pone ya junto al tema de la perfección del médico como hombre.

PERFECCION EN TANTO QUE HOMBRE

Líbreme Dios de escindir, en la persona del médico, al médico y al hombre. Sin beatería ninguna, y hasta con unos adarmes de reserva, creo que el médico debe ser definido con la fórmula venerable: *vir bonus medendi peritus;* la pericia en el arte de curar supone cierta *bonitas* o rectitud en la hombría del médico, en su condición de hombre. Quiere esto decir que la perfección del médico en tanto que médico lleva consigo, a modo de supuesto y a modo de consecuencia, cierta perfección del médico en tanto que hombre.

¿Basta, en una estimación cabal del médico, la calidad humana que un correcto ejercicio profesional supone? Si yo tuviese temple de demagogo, respondería ahuecando un poquito la voz: «sí». Y a continuación cantaría, para probarlo, la excelencia ética del buen ~~profesional de la Medicina.~~ Pero yo no soy demagogo, al menos en la sólita acepción del vocablo; yo soy un profesor, y a mi oficio no pertenece el halago, sino la exigencia, una exigencia avisada y suasoria. Por eso contesto sin énfasis, con sencillez: «no, no basta». La perfección del médico en tanto que hombre exige de él algo más que una asistencia asidua y correcta, técnica y moralmente, a los enfermos que cuida. Siempre podrá ese médico emplear sus ocios en ejercicios de piedad, como Laennec, o en la especulación filosófica, como Gómez Pereira, o en la investigación histórica, como Bier y Marañón, o en trabajos de laboratorio, como Bright y Jiménez Díaz, o en el logro de la belleza literaria, como Carossa y Duhamel, o en el mejoramiento de la sanidad pública, como J. P. Frank.

También es la lectura vía principal hacia esta posible perfección humana del médico; más principal aún en el caso del médico rural que a ella se sienta vocado, porque ni en la aldea ni en la pequeña ciudad hay laboratorios de investigación, ni archivos, ni maestros en gran saber. Hay el campo, en cambio, y no es liviana la compensación, un poco más de tiempo para la lectura perfectiva del médico en tanto que hombre.

Cuatro parecen ser los temas principales en este camino lectivo hacia la perfección humana: religión, filosofía, historia, arte. La religión afianza el apoyo de la existencia del hombre sobre su último fundamento; la filosofía intenta darnos alguna luz acerca de lo que las cosas y los hombres son; la historia nos dice cómo los hombres anteriores a nosotros fueron resolviendo el problema de serlo; el arte, quiero decir, la lectura sobre temas de arte, nos hace ver las sendas por las cuales se ha querido expresar humanamente cómo brilla a nuestros ojos la perfección del ser.

Adivino la clamorosa e inmediata objeción. «¿Qué nos propones? ¿Pretendes, acaso, que, después de atender a nuestros pacientes, de leer revistas y libros técnicos, de bregar con los asegurados y con las formalidades del Seguro, de soportar las cotidianas mezquindades del medio rural; que, después de todo eso, nos metamos en teologías, quebremos nuestra cabeza contra las duras páginas de la *Crítica de la razón pura* y alojemos entre bregma y lambda la *Historia de Roma,* de Mommsen? No, yo no os propongo eso. He tratado tan sólo de mostraros que allende el problema de la perfección profesional del médico está el de su integral perfección humana, y que esta perfección, incluso la de orden intelectual, es tan posible en la aldea como en la gran ciudad: el hombre de la ciudad cuenta con mejores técnicas, mas no tiene por qué estar edificado sobre fundamentos más hondos y delicados. He querido, además, recoger la queda y noble voz que en alguna ocasión se levantará en el seno de vuestras almas —el *non satiabor!,* «¡no me saciaré!», de San Agustín—, para señalar dónde están los arroyos que nos calman un poquito esa inextinguible sed. Quien sienta voluntad de perfección, procure ser, en primer término, tan buen médico como su talento y las posibilidades de su medio le permitan. Y si su humana avidez de altura le pide más, piense en el cauce ascendente que le ofrecen las lecturas religiosa y la filosófica, o un buen libro de historia o de arte; no para dar en teólogo, filósofo, historiador o esteta, sino para ver con más precisión y más claridad que antes, desde su imprescriptible condición de médico, las cuestiones que por ser hombres tenemos todos planteadas en la entraña misma de nuestro ser.

Permitidme una breve digresión terminal. Este modesto profesor de historia *in partibus medicorum,* por tanto, entre los hombres más vivaz y nerviosamente instalados en su propio tiempo —en nuestro tiempo—, va a intentar arrimar una partecilla del ascua a vuestra atención a la vetusta e inútil sardina intelectual en que se ocupa.

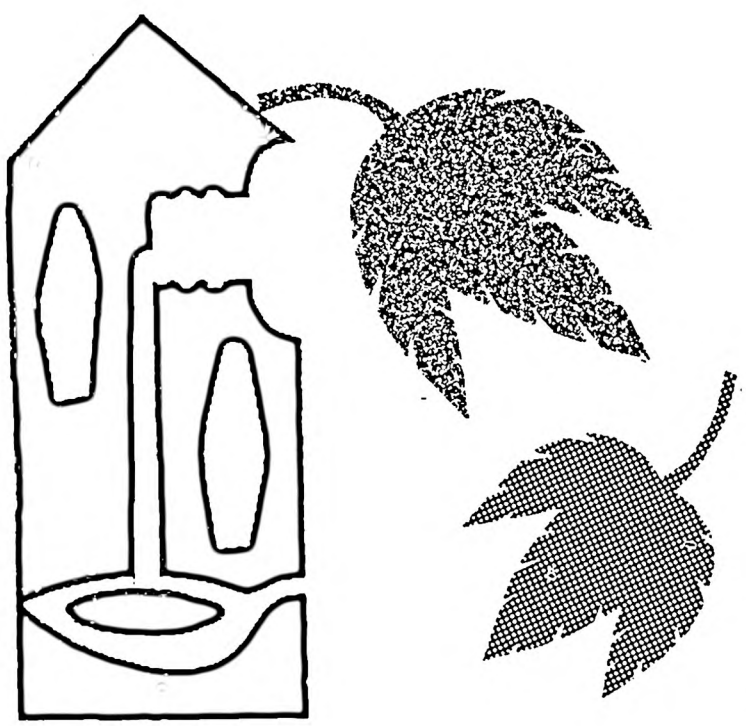
He nombrado antes las lecturas históricas entre las que llamo perfectivas. Referíame, por supuesto, a los buenos libros de historia, aquellos en que no sólo se nos cuenta lo que los hombres hicieron, más también lo que pensaron y sintieron; el modo como «fueron» hombres, en una palabra. Sólo así puede pasar el relato histórico, de ser meramente noticioso e informativo, a ser en verdad inteligente y formativo: la narración historiográfica nos ayuda a ser hombres —nos «forma» como hombres— mostrándonos cómo acertaron a serlo los hombres de otro tiempo. Un buen libro de historia nos hace comprender lo que nuestros antepasados hicieron en algún orden de su vida —convivir políticamente, hacer ciencia, divertirse, curar enfermos— y, a la vez, nos permite descubrir lo que no hicieron pudiendo, debiendo acaso haberlo hecho.

Si esto es así, hay un tipo de lecturas con las cuales el médico puede atender simultáneamente, en alguna medida, a su condición de médico y de hombre: son los libros que escribieron los grandes médicos del pasado y los trabajos historiográficos en que ese saber pretérito es comentado con probidad e inteligencia. ¿Habéis probado a leer, con mente comprensiva y crítica, el *Tratado de la auscultación mediata,* de Laennec; el libro *De la sede y la causa de las enfermedades,* de Morgagni; la *Patología celular,* de Virchow, o el escrito hipocrático *Sobre los aires, aguas y lugares?* Ninguna de estas lecturas os traerá utilidad inmediata; con ninguna podréis resolver adecuadamente un solo problema clínico. Pero si habéis sabido leer con mente a un tiempo comprensiva y crítica, como antes dije, sentiréis que, si no vuestra información utilitaria, al menos vuestra formación de médicos habrá ganado hondura y horizonte. Se os habrá esclarecido con luz más viva una parte de lo que sois, y acaso habréis descubierto alguna nueva posibilidad a vuestra existencia de médicos, en virtud de esa eficacia recreadora que la lectura tiene. No fueron ajenos a la condición del cirujano Bier los hábitos intelectuales que le imprimió su magnífica elaboración personal de los escritos hipocráticos, ni al pensamiento de Sherrington, el gran fisiólogo ha sido ajeno su penetrante comentario sobre Juan Fernel, un médico francés del siglo XVI. Tal vez estos altos ejemplos os muevan, más que mis palabras, a buscar de tarde en tarde la lección venerable de lo que hicieron —y de lo que, pudiendo haberlo hecho, no hicieron— los grandes creadores de la Medicina.

LA VIDA, OTRA VEZ

Volvamos, amigos, al comienzo de estas palabras mías, tan alejadas, bien se me alcanza, de vuestras urgencias e intereses. Estábais sentados en el rincón más familiar de vuestra casa. Sentisteis, cuando el sol tramonta, una dulce y noble sensación de soledad. Acudisteis a la lectura diversiva o a la lectura perfectiva. Durante una hora, dos horas, habéis oído con los ojos a los muertos, en un diálogo recreador de lo que ellos, los ausentes autores de vuestras lecturas, os han dicho al espíritu. No habitasteis esa hora en la estrechez de la vida cotidiana, sino en el reino luminoso de la verdad y la belleza.

De pronto, alguien entra en la estancia: vuestros hijos, que os reclaman para el yantar vespertino, el aviso del súbito dolor de un paciente, la noticia de alguna novedad, tal vez no grata, en vuestras relaciones profesionales. Es la vida negociosa, que os reclama con una de sus múltiples urgencias. A ella vais con buen ánimo, con mejor ánimo que antes. ¿Verdad, amigos, que después de una hora de lectura os sentís un poco recreados, vueltos a crear: más ágiles, más nobles, más jóvenes de cuerpo y alma?



ACCION POLIVALENTE EN PATOLOGIA POR ENFRIAMIENTO

BALSAMICO LATINO®

JARABE: *Frasco de 100 c. c.*
SUPOSITORIOS: Adultos, infantil, lactantes.
Cajas con 6.

Contiene HIDROPROPIZINA, el antitusivo más potente y mejor tolerado

INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. • MADRID

LATINO